

Ramón Díaz Eterovic : Reflexiones sobre la narrativa chilena de los noventa

por Guillermo García - Corales
Baylor University (Waco, Texas)

Ramón Díaz Eterovic (Punta Arenas, 1956) es uno de los líderes indiscutidos de la nueva generación de escritores -nacidos después de 1948- que perfilan el movimiento artístico más atrayente en la escena cultural del Chile de los noventa. Ha publicado los libros de cuentos *Cualquier día* (1981), *Obsesiones de año nuevo* (1983), *Atrás sin golpe* (1985) y *Ese viejo cuento de amar* (1986); las antologías de relatos breves *Contado el cuento. Antología de la joven narrativa chilena* (1986) y *Andar con cuentos. Nueva narrativa chilena* (1992); y las novelas *La ciudad está triste* (1987), *Sólo en la oscuridad* (1992) y *Nadie sabe más que los muertos* (1993). Junto con dedicarse a su labor creativa, Díaz Eterovic participa activamente en la Sociedad de Escritores de Chile, llegando incluso a presidir esta organización durante los años 1991-1993.

García-Corales: Se han cumplido seis años desde la publicación de tu novela, *La ciudad está triste*, ¿qué puedes decirnos ahora al respecto?

Díaz Eterovic: Con *La ciudad está triste*, incursioné en un género que siempre me ha entusiasmado mucho: la novela negra. Al pensar y elaborar este texto, entré en esa atmósfera de inseguridad, violencia y brutalidad de la novela negra (en especial la norteamericana) y relacioné estas características del género con la realidad chilena de la dictadura militar, exageradamente marcada por la violencia física, psicológica, etc. En ese tipo de ficción encontré ese lenguaje que andaba buscando para enfrentar de manera no tradicional esos

temas de contenido social que recién apunté. Tomé este camino porque no me satisfacía esa literatura de realismo inmediato que a veces entraba en la crónica periodística o el relato testimonial. *La ciudad está triste* es la historia de Heredia, un detective al cual llega a visitar una niña que le pide investigar el caso de su hermana desaparecida. El detective comienza a investigar hasta que encuentra a los culpables, los que resultan ser agentes de seguridad del gobierno. Este esquema de la relación crimen-política-violencia se mantiene -con derivaciones como el narcotráfico, por ejemplo- en mis otras novelas en torno a Heredia. Sin embargo, más que la anécdota policial de estos textos, lo que me ha interesado trabajar ha sido el contexto en que se daba dicha violencia, que en el fondo era el entorno del Chile dictatorial que nosotros vivimos a partir de 1973. De este modo, he enfatizado la alusión a un ambiente para plantear algunas ideas en torno a una problemática socio-cultural concreta. Fue tan buena la recepción de críticos y de lectores que inicié un ciclo con el mismo personaje: el detective Heredia.

García-Corales: ¿De qué manera evoluciona ese protagonista entre una y otra novela?

Díaz Eterovic: Hasta el momento he escrito cuatro novelas que lo incorporan, y en él se ha ido produciendo una evolución: en *La ciudad está triste*, el personaje está un poco esquematizado, y en las novelas posteriores se chilena más, adquiere rasgos más particulares. Pienso que en mi segunda novela publicada, *Sólo en la oscuridad*, Heredia tiene un mayor desarrollo como

personaje en el sentido de que hay una mayor profundidad en su pensamiento. Ya no es un individuo solo sujeto al accionar en torno a la violencia. Hay una intención más evidente de convertirlo en una especie de testigo que reflexiona sobre sí mismo y lo que ve. Se hace más creíble en cuanto a los códigos de nuestro contexto de lo que podría haber sido el Heredia de *La ciudad está triste*.

García-Corales: En *Solo en la oscuridad* insistes en los espacios más o menos asfixiantes, la inseguridad para la persona común.

Díaz Eterovic: En un momento pensé que estas claves de la novela negra eran en algún modo aplicables a la realidad de las cosas que yo quería describir.

Por eso que yo insisto en esto en *Solo en la oscuridad*. Más allá de la intriga policíaca en torno a un crimen que se resuelve en los términos clásicos de una investigación, el trabajo de peritaje de un detective, etc., me interesó explorar ahí los espacios marginales de una ciudad como Santiago, que es una ciudad tremendamente violenta, por lo demás. Es una novela en que abundan descripciones de lugares muy solitarios, marginales. La misma soledad y marginalidad la arrastran los personajes: el detective, la mujer que desencadena la historia, el cantante de tango. Este último es un individuo que vive miserablemente en un bar de mala muerte; una vida de ese estilo también la llevan la bailarina de topless y el predicador de la calle.

García-Corales: *Solo en la oscuridad* está dividida en segmentos con algunos epígrafes que remiten a otros textos clásicos del género policíaco.

Díaz Eterovic: Nunca oculto mi admiración por la novela norteamericana, partiendo de Hemingway y los principales exponentes de la novela negra norteamericana: Raymond Chandler, Ross Macdonald y Dashiell Hammett. Mis novelas, por ejemplo, se vinculan directamente con el detective Philip Marlowe, personaje creado

por Chandler. Pienso que en las obras de este autor está el clima de la novela negra en su mejor expresión. Chandler no solamente cuenta una historia entretenida sino que junto con ello hace toda una reflexión sobre la sociedad norteamericana, el capitalismo, la democracia, etc. Esto sucede con mucha claridad, por ejemplo, en su gran novela, *Largo adiós*, texto que es comparable a las mejores novelas de Ernest Hemingway o Scott Fitzgerald. Ahora, bien, cuando uno trabaja en el género de la novela negra, indudablemente está en comunicación con los clásicos de este. Uno puede tratar de variar el paisaje o los contenidos, pero las claves -por ser una novela de género- estarán siempre limitadas por lo que son los moldes clásicos. Por lo menos, yo quise trabajar dentro de lo que son esas limitaciones. Podría intentar subvertirlas, pero me interesó trabajar dentro del esquema. En cuanto a las cintas de esta novela, todas se refieren directamente al tema de la soledad, incluso empieza con una de los Beatles: "Toda la gente solitaria, ¿de dónde viene? Toda la gente solitaria ¿a dónde va?"; y el resto de las citas de Fitzgerald, Chandler y otros apuntan también a la soledad y al desencanto, hablan de alguna forma de este oficio un poco desencantado que experimenta tanto el detective privado como el escritor.

García-Corales: Es bien sabido que el tema de la soledad abunda en la literatura latinoamericana, ¿qué puede haber de distintivo en tu forma de abordar esta problemática en *Solo en la oscuridad*?

Díaz Eterovic: La soledad de mi novela es una soledad ubicable hoy en día dentro de la urbe; es contradictoria porque se da en un espacio en que se encuentra mucha gente, es una soledad más bien existencial. Aparece en personajes que se ven obligados a renunciar a esta lógica convivencia con su medio y con su tiempo, adoptando una posición más de espectador, más de un agente moral en cuanto a lo que están viendo. Al enfatizarse de dicha forma este tema, hay

un intento de acercamiento a lo que se supone debiera ser la convivencia humana. En la medida que trabajo los espacios marginales, de alguna manera estoy buscando la posibilidad de que se supere esa marginalidad. Por otro lado, aparece el intento -por lo menos literario- de que se logre algo de verdad y justicia; elementos que habían estado bastante ausentes en la realidad vivida de nuestro país en los años previos a la publicación de este texto en 1992.

García-Corales: ¿qué puede decir de tu última novela: Nadie sabe más que los muertos?

Díaz Eterovic: Con ella cumplo (provisoriamente) un ciclo de tres novelas policiales que me propuse escribir; y que en verdad han sido cuatro, ya que en estos días terminé de revisar otra, titulada Nunca enamores a un forastero. En Nadie sabe más que los muertos entrego una propuesta sobre el tema de la justicia en Chile y su incidencia en crímenes relacionados con los Derechos Humanos cometidos durante la dictadura de Pinochet (1973-1989). El texto sigue el proyecto de escribir a partir de los códigos de la novela negra (una opción de doble marginalidad por los temas que aborda este tipo de literatura; y porque en Chile es un género que padece de múltiples prejuicios: es mal mirado, a veces, desvalorizado). Mi opción en este caso parte de entender que la novela negra da la posibilidad de explorar sobre la pérdida de algunos valores esenciales del humanismo y la solidaridad, y acerca de una serie de elementos relacionados con el poder político y económico, los que en definitiva condenan a muchas personas a beber una dosis significativa de miseria y desencanto. el protagonista de la novela sigue siendo Heredia, el antihéroe que naciera -como ya vimos- en La ciudad está triste y que prolongara sus actuaciones en Solo en la oscuridad.

García-Corales: ¿Con tres novelas que

consolidan tu posición de escritor en Chile, cómo ves la interlocución de tu obra narrativa con casos específicos de la literatura latinoamericana?

Díaz Eterovic: Varios lectores de mi trabajo lo han relacionado con Juan Carlos Onetti, y es sabido que Onetti es un gran lector de novelas policiales. Después de estos juicios, he releído su obra y encuentro cierta similitud en los ambientes, en el fraseo y una actitud pesimista sobre la existencia. Y más allá de esa similitud con Onetti, me siento más próximo a escritores como los argentinos Mempo Giardinelli y Osvaldo Soriano, el brasileño Rubén Fonseca y el español Manuel Vázquez Montalbán.

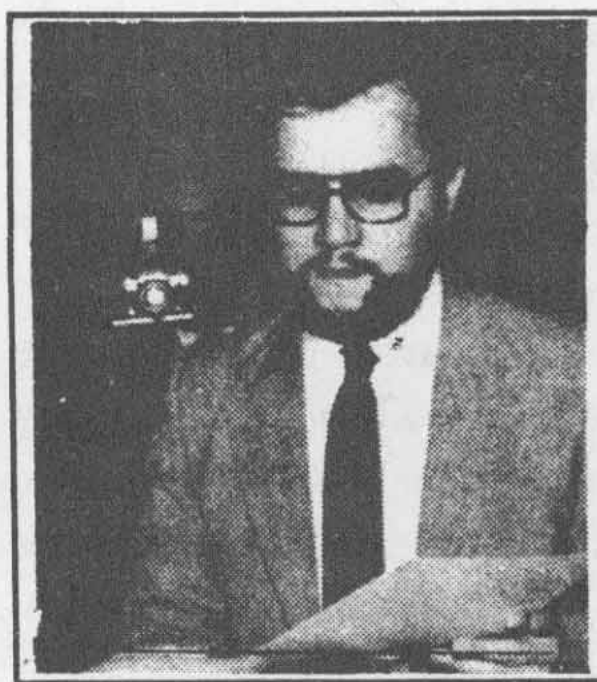
García-Corales: ¿y en cuanto a la corriente narrativa del Boom que se ubica en el plano de las grandes aventuras, de los discursos solemnes...?

Díaz Eterovic: Mi trabajo se distancia de ese tipo de ficción. Pienso que la novela total como la llamaba Sábato - Rayuela, Cien años de soledad, la casa verde, etc.- tendiente a las interpretaciones globalizantes del mundo, correspondió a una época donde la idea de realizar macroproyectos a distintos niveles tenía bastante espacio. Así, la narrativa del Boom, como es bien sabido, se hace en diálogo con acontecimientos como la revolución cubana, que proyectó la idea del socialismo en toda Latinoamérica. Sin embargo, a la generación nuestra -la de 1980- dentro de este escenario le tocó la otra cara de la medalla. Hemos estado obligados a movernos al nivel de las pequeñas perspectivas de la vida cotidiana, sin esa mirada totalizante. En otras palabras, lo que hace la gente de mi generación en Chile (y en latinoamérica) es volcarse hacia las historias parciales, a los espacios cerrados. Nuestra generación, por otra parte, se distingue de la de los novísimos de Chile -Skarmeta, Dorfman, Délano, Jeréz y otros- quienes, sin pretender esa novela total (porque también estaban en el camino de buscar el micromundo), conservan la actitud que se resume en uno de los títulos de Skarmeta: El entusiasmo. La de ellos es una literatura con entusiasmo, mientras que la

nuestra es una literatura triste y oscura. En esta línea, los relatos de los novísimos siempre están en espacios abiertos. Se trata de personajes que participan en deportes, hacen el amor llenos de energía; son seres que viven intensamente. En contraste, los relatos nuestros hablan de individuos que se asoman a la vida como acabados, derrotados, que viven entre cuatro paredes. Se trata de personajes que siempre están fumando el último cigarrillo o están cantando el último bolero, aferrándose al concho de vida que les va quedando. Escribimos sobre un mundo profundamente fragmentado, que tiene su paralelo con la realidad que a nuestra generación le ha tocado enfrentar. Durante muchos años vivimos como incomunicados. No había posibilidades de diálogo no sólo en el plano de la literatura sino en muchos otros terrenos. Eso nos llevó a ver la vida desde una esquina.

García-Corales: En cuanto a la generación de 1980, ¿a quienes te refieres y cuáles son los aportes de este nuevo movimiento literario chileno en marcha?

Díaz Eterovic: Pienso en escritores como: Diego Muñoz Valenzuela, Jaime Collyer, Juan Mihovilovich, Gregory Cohen, Jorge Calvo, Pía Barros, Sonia González Valdenegro, Ana María Del Río, Lilian Elphick, Gonzalo Contreras, Reinaldo Marchant, Marco Antonio de la Parra y Claudio Jaque, entre otros. Escritores que nacieron a la literatura en plena dictadura. Estos autores han ayudado a promover el interés del lector chileno en los escritores de país, especialmente a través de lo que están haciendo editoriales como Planeta que, ya a fines de 1993, ha publicado un número considerable de novelas -con bastante éxito de difusión- de algunos de los escritores a que me he referido. Se trata de una generación que está muy próxima a las inquietudes e historia que el lector quiere conocer. Por otro lado, hablo de una generación bastante madura en cuanto al oficio de escribir. Asimiló de algún modo la influencia del Boom literario latinoamericano y de los novísimos. Y estamos ahora haciendo una literatura que trasciende



Ramón Díaz Eterovic.-

los límites del país, puede ser leída y aceptada en otros medios a veces más exigentes.

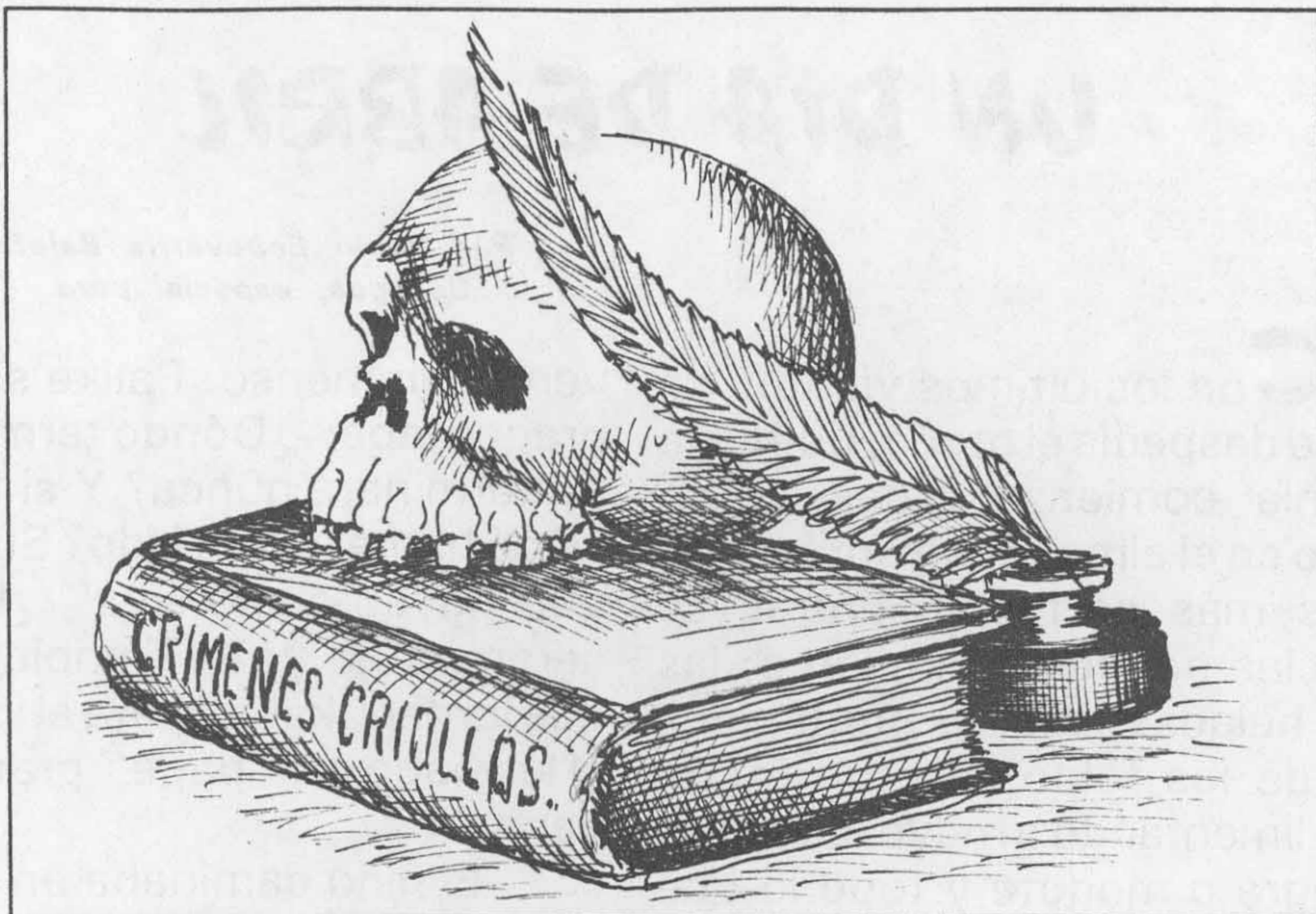
García-Corales: ¿Se podría decir que esta generación recoge la versión chilena de lo que se ha denominado como la

literatura de gestos postmodernos?

Díaz Eterovic: Creo que si hay alguna filosofía de tintes postmodernos detrás de todo lo que escribimos, es el reconocimiento de que hoy estamos de regreso de todas las utopías, de las grandes ideas. En todo caso, nos cuesta adherirnos con seguridad a los postulados postmodernos nihilistas -como se les reconoce a primera vista- porque lo que hacemos generalmente los escritores de la generación de 1980 puede tener un tono de mucho desencanto, pero a la vez reconocemos allí una dirección ética. Es decir, aceptamos que el mundo con los discursos grandilocuentes y las ideologías de largo alcance se ha desmoronado, que carece de perspectiva; sin embargo, creemos que todavía se pueden rescatar valores que mantienen en pie a la persona tales como el amor, la solidaridad y el jugarse por el otro.

García-Corales: Volviendo a tu caso particular, ¿cómo has compaginado el quehacer literario con tu actividad gremial en la Sociedad de Escritores de Chile, especialmente, durante el tiempo que la dirigiste?

Díaz Eterovic: Yo dije desde el primer momento que la presidencia de la SECH significaba una tarea que asumía con mucha responsabilidad, y sin pretender equiparme a grandes figuras que han sido presidentes de esa organización máxima de los escritores chilenos: Pablo Neruda, Poli Délano, Martín Cerda... El recibir este cargo constituyó un reconocimiento no sólo a un escritor, sino a una generación joven que a principios de los



noventa, y a pesar de todas las dificultades de difusión, se había ganado un espacio dentro de nuestra pequeña república literaria. En términos más prácticos, durante mi presidencia de la SECH me preocuparon especialmente algunos proyectos que consideré necesarios tanto para el gremio de los escritores como para el público chileno interesado en la literatura. Me refiero a convertir la SECH en un espacio de difusión de la literatura chilena; a la edición de la revista de la SECH que, con el nombre de Simpson 7, ya lleva varios números; y a la organización del Congreso Internacional de Escritores "Juntémonos en Chile" realizado en agosto del 92 con la asistencia de más de 30 escritores extranjeros del más alto nivel. En Chile no se organizaba un congreso de esa envergadura desde el año 1969, y creo que fue una estupenda oportunidad para reencontrarse con la literatura de otros países y romper el aislamiento en que vivimos los escritores en los últimos años. En general, dirigir esa asociación de escritores no fue fácil. Somos complicados por esencia; pero aún así valoro mi experiencia en la SECH, entendiendo que muchos de los problemas

que afectan a los escritores de Chile requieren esfuerzos colectivos para superarlos y fomentar mejores condiciones para la creación y la difusión literaria.

García-Corales: ¿Tus proyectos actuales?

Díaz Eterovic: Escribo una novela de carácter histórico y con algunos alcances de novela de espionaje. La historia está situada en Punta Arenas durante los años de la 1ª Guerra Mundial, y en ella interviene un inmigrante croata que se enreda en hechos relacionados con la guerra, junto al Estrecho de Magallanes, en una época en que esa región recibía las emigraciones provenientes de diferentes países. La novela, aún muy en sus inicios, pretendo que sea un medio para rescatar hechos históricos de la zona en que nací, de la inmigración croata de la que formó parte mi abuelo, y sobre todo, una reflexión en torno a la soledad de seres que se apartan de su tierra de origen y llegan a otra extraña y remota a realizar sus existencias. También trabajo en un proyecto de antología del cuento policial chileno. Algo que hasta donde sé no se ha hecho en Chile, y que se traduciría en un libro titulado Crímenes criollos.